

Recordando a Casona

Por EMILIO RICO

Ahora cuando él no está físicamente, su nombre cobra categoría de permanencia en las palabras titulares de Ignacio Agustí: "La ceniza fue árbol".

Aún cuando para los muertos el tiempo no existe, va para tres años que Alejandro Casona se nos fue, camino de Dios. No se resigna el hombre a la perentoria exigencia de su destino y no admite para sí el hecho de la poda temprana, de la siega oportuna, de la vendimia cuando aún la savia crepita de ansias de creación, a distancia todavía de la senectud. Casona se había acostumbrado a la idea de que "los árboles mueren de pie" y esperó, en consecuencia, el huracán definitivo, serenamente firme. Su sentido de la defensa vital lo llevó a conocer a la muerte y a cantarla en sus obras, con "leit motiv" perseverante. La "Dama del Alba", para qué nombrarla otra vez?, rondaba siempre sus balcones, y él, sin intimidarse, la cortejaba con caballeresco, poético decir; tendíale su capa española, mejor que a la manera torera, con hidalgo ademán de doncel romancero. El sabía que la muerte se ciñe a nuestra sombra, vigila nuestro sueño, se sienta con nosotros a manteles, bebe de nuestra copa, ama con nuestro amor y besa en nuestro beso. El sabía de la muerte, además, igual que todos los que hemos degustado el amargo sabor de la vigilia en las noches en que Dios y la esperanza moran lejos; que la muerte es mujer y que como tal, posa de caprichosa, coqueta, imperativa, tenaz. Cuando ordena —y su mandato es siempre extemporáneo— la imposición de su voluntad es de exigencia inmediata. Su fuero es implacable y cuando ejerce su derecho, la ciencia le cede su camino y se inclina a su paso. Es entonces cuando el hombre entra en la maraña del misterio total, partícula ambulatoria perdida por entre un medroso universo de sombra. Y el silencio cae, telón, sobre las escena.

Alejandro Casona empezó por llamarse, mejor, porque lo llamaran, (manes del Maestro Bonilla), Alejandro Rodríguez Alvarez, una manera sencilla de ser nombrado. De niños imaginábamos que los

grandes hombres, sobre todo los poetas y los héroes, deberían tener nombres sonoros, con timbre de abolengo en las sílabas, y que todos deberían ser, físicamente perfectos. Error de infancia. Con todo, así debería ser, claro, si la naturaleza no estuviera a veces en trance de equivocarse, de jugar a la paradoja, que el rostro, espejo del alma, debería siempre reflejar la belleza interior, la combustión espiritual que inquieta cabe la frente de los elegidos.

Nació Casona en una aldehuela asturiana, a principios del siglo, por allá en 1903, si la memoria no fleja. Fue en Besullo, región del Cangas del Narcea, solar de cristianos viejos, pigmentado por los soles astures, ambiente propicio para el ensoñar y para el noble ejercicio de la poesía, aun cuando ésta, más que en el paisaje, está en nosotros, como un milagroso estigma de claridad. Siguiendo la tradición paterna se hizo maestro de escuela y ejerció su docencia en pueblos de tradición humilde, como para ser citados en el evangelio. Pero un día le afloró en el corazón insatisfecho, —rosal de su sangre—, “la espina dorada” de que se dolía Machado en un poema de crepusculario sollozante. Y fue poeta, cantor de su sueño y de su ambiente, pero no en versos de ahilada consonancia y martillado acaecer, sino por entre la fronda del diálogo, ajustado a la temática teatral, fiel al albur escénico, peregrino consciente por las rutas de la sicología aplicada al reflejo del conflicto vital, haciéndole esguinces a la prosa del cotidiano discurrir y dejando, como una mariposa alelada por todos los filones de su obra, un lirismo de niño grande que se asoma hacia los demás, como para exponer a su admiración la gracia de su juguete mágico. Se acercaba a las ideas con la sabia pericia del jardinero que retira la flor del tallo cuidando de no lastimar la yema en la paciente promesa de los retoños. Y no pecó jamás contra el acendrado afecto de su vocación: murió creando.

Mesurada la expresión del humor, dosificada la ironía, anchurosa, casi caudal la lírica, por sus comedias iba el alma española de su niñez acunada por el Cantábrico y emocionada en la contemplación de los nevados Picos de Europa. Casona era un complejo geográfico, cósmico, en torno de su desbordada emoción. Porque la emoción, más que el estilo, es el hombre.

En 1928 se iniciaron sus éxitos. Fue a través de un concurso convocado por el más español de los diarios: A.B.C.

Hace poco, un ilustre escritor, al pintárnoslo con frase trémula, (también el vocablo es pincel), lo añoraba así: “Alejandro Casona era en el año 28, un joven asturiano, recién llegado a Madrid, alto, cenceño, lineal el rostro, dulce y tímida la mirada; afanoso de gloria, rico de lecturas. Llevaba chalina negra. Mechones de pelo negro le caían sobre la frente noble y reflexiva”. Y nos lo explicamos a plenitud: su frente tenía que ser así, como que era la señora hopalanda detrás de la cual ardía su espíritu, como un

delgado fuego crepitante de vida, de ansia grávida de belleza, de dilatada fuerza emocional; síntesis de un incendio interior, limitado bajo la piel a la resignada sencillez de una lámpara.

Para conceptuar acerca de su obra serían pocos los textos. Ya el juicio de sus contemporáneos lo someterá a ese rasero iconoclasta que es la crítica. Para quienes simbolizamos el amor y la admiración por todo lo que él escribiera y creara, quédenos a la vera de su muerte, con el dolor de hallarlo infinitamente lejano y silencioso, memorar su itinerario de triunfos, sin falso ditirambo ni altisonancia de baratija. Fue al comienzo “La Sirena Varada”, la que lo obligó a disciplinarse para el duro ejercicio de la espera: antesalas, vacilaciones por parte de empresarios y gentes de teatro, la disculpa piadosa a veces o la envolvente, sinuosa zalamería de la promesa que no habría de cumplirse, acaso la envidia, que, como ciertas alimañas, se nutre de las sobras escatológicas, le sometieron a un período de cuatro años de largos días y noches desesperanzadas, no obstante el sincero deseo de ayudarlo que tuvo Adrián Gual, quien dirigía por aquellos años el teatro “Intimo” de Barcelona. Pero un día advino el triunfo total: Se convocó al Premio “Lope de Vega” y la “Sirena Varada” obtuvo una victoria sin precedentes sobre seiscientas obras llegadas al concurso. Todavía vibraban las palmas del estreno, cuando Margarita Xirgú montó para la escena “Otra vez el Diablo”; luego, bajo la experta dirección de Josefina Díaz y Manuel Collado, se impuso a la admiración del público “Nuestra Natacha”. Y continuó así el caudaloso e ininterrumpido éxito de sus obras en curva ascensional. Vinieron después “Prohibido suicidarse en primavera”, “Los árboles mueren de pie”, “La dama del alba”, “Siete gritos en el mar”, “La casa de los siete balcones”, “La barca sin pescador”, en la que Casona explota el inagotable filón de la muerte como síntoma del lío dramático, “Sinfonía acabada”, “La molinera de Arcos”, “El caballero de las espuelas de oro”, etc. Y, finalmente, ya cerca de su ocaso vital, el estreno en Madrid, de “Las tres perfectas casadas”, al cual no pudo asistir, él, que amaba observar, dirigir, casi pudiéramos decir, actuar en el montaje de cada una de sus obras. Lo suplió con fidelidad de amigo y capacidad de maestro, en aquel menester, el superado don Cayetano Luque de Tena.

Ronda un poco, acaso pudiéramos afirmar un mucho, en la creación de Casona, la muerte; también un poco el diablo, ese personaje de guignol que hace de las suyas en la temática española del medioevo; un tipo clave, más burlón que siniestro, que ambula siempre cerca de la teología, de la filosofía, la sociología y la picaresca de todos los tiempos. No hay vagabundo sin su diablo, que lo diga Cojuelo, como no hay penitente sin su crucifijo.

Que “la Dama del Alba” vigile el sueño de Casona, sin hacerle daño.